

Capítulo IV

Las sorpresas de D. Alvaro

DOCOS momentos después de haber sido reducido á prisión D. Diego de Saavedra, corrieron por México las más absurdas noticias.

Según ellas, existía en la capital un vasto plan de conjuración encaminada á levantarse contra el rey de España y de ésta independen el nuevo reino:

Añadiase que el general azteca Xihualcoatl, prisionero de los gobernadores, sometido por ellos al tormento, había hecho las importantes denuncias siguientes:

Asesinado Cuauthemoc por Hernán Cortés y éste por los indios alzados, los españoles que formando parte de la expedición habían sobrevivido en corto número, entraron en pláticas y convenios con los naturales.

Según estas pláticas y convenios, seria promovido al trono imperial el principe Tezomotli, hijo de Cuitlahuac, siempre que consintiese en tomar por esposa á una doncella española.

El nuevo imperio así constituido conservaría á la vez

la religión cristiana y la azteca, que podrían ser libremente seguidas por naturales y españoles, hasta que, sin presión de ninguna especie, la una triunfase sobre la otra, en cuyo caso la vencedora seria la religión del Estado.

En la administración y gobierno del país intervendrian por partes iguales uno y otro elemento, quedando obligados los naturales á casarse de preferencia con mujeres españolas, y los conquistadores á unirse en igual caso con mujeres indigenas.

Por más ilógica y estrambótica que fuese la invención de semejante plan, se tomó grande empeño en hacer creer que así había sido realmente concebido, y propuesto, y aceptado por el partido contrario á los gobernadores.

Los acusados de complicación en él se burlaron públicamente de tan grosero artificio, pero el partido de los gobernadores los defendió, diciendo que si en efecto el plan era incomprensible, lo vulgar de alguna de sus invenciones podia ser resultado del deseo de Xihualcoatl de disfrazar la verdad para quitar á la conjuración su real y positiva importancia, conseguir por tal medio que no se la persiguiese y favorecer en último término su madurez y triunfo.

—Algo debe existir,—añadían,—puesto que Xihualcoatl ha revelado nombres de personas á muchas de las cuales no conoce, ni han estado ó debido estar en relación con él.

Esta salida fué el recurso de que se valieron los gobernadores y su partido para suponer denuncias y procesar á sus enemigos.

Desde luego se dijo que Rodrigo de Paz era uno de los

principales conjurados, y los más temibles los frailes franciscanos y su custodio Fray Martín de Valencia.

Para hacer creer lo último repetían lo que era cierto, esto es, que D. Martín Tezomotli era ahijado del custodio y que en su convento le ocultaba, habiéndole acogido á la inmunidad del asilo sagrado.

No obstante esta creencia, Tezomotli no se hallaba en el convento.

Desde el momento en que supo la prisión de D. Diego comprendió el riesgo que corría D.^a Beatriz, y amante y valeroso se propuso salvarla á toda costa.

Disfrazado con su antiguo traje indio salió del convento armado con la bendición de Fray Martín, que no era arma pequeña para quien como el nuevo convertido tenía una fe absoluta é incondicional en su nueva religión.

Renunciamos á describir la escena ocurrida entre doña Beatriz y el príncipe azteca, cuando éste logró hallarse frente á frente de su idolatrada prometida.

Después de hacerle concebir las más halagüeñas esperanzas de que pronto estaría en salvo y libre el noble D. Diego, Tezomotli obtuvo de D.^a Beatriz que dejase aquella casa y se trasladara á la de Gonzalo y D. Luis de Alva, á donde él mismo la condujo.

Tezomotli había vuelto á entrar en íntima amistad con Gonzalo y la hermosa María, la antigua y heroíca Xochitl.

Inmensa era la felicidad de aquel ejemplar matrimonio, encantado con las gracias de su primer hijo, niño de pocos meses.

Recibieron á D.^a Beatriz con los brazos abiertos, y el buen soldado D. Luis de Alva fué quien más contento tuvo con la llegada de su huésped.

—¡Ahora sí!—exclamó:—ahora sí será menos aburrida la existencia que me obligan á llevar mis hijos: el tiempo que no emplean en hacerse la rueda como los palomos, le ocupan en acariciar á su hijo quitándome de los brazos como si un abuelo no fuese el dueño legítimo de sus nietos. Pero se han empeñado en querer al niño tanto como yo, y por más que les demuestro que eso es imposible, se han obstinado en no creerlo.

A pesar de que D.^a Beatriz nada tranquilo tenía su ánimo, no pudo por menos de sonreír al escuchar al buen anciano.

—¡Lo veis?—observó éste notando que su nieto acababa de despertar y desde su cuna le tendía sonriente sus manecitas?—¡á mí, á mí es á quien llama! y aun no querrán convencerse mis hijos de que soy el preferido de mi nietezuelo!

El buen D. Luis corrió hácia la cuna del niño prodigándole toda especie de frases y palabras cariñosas que eran contestadas por la criatura con sus más gozosos gorjeos infantiles.

Mientras tanto, el noble Gonzalo y la dulce María procuraban consolar á D.^a Beatriz.

—No lo dudéis,—decíanle—las groseras noticias que acerca de la supuesta conspiración circulan, no es posible que puedan sostenerlas ni los mismos que las han inventado.

—Os equivocáis,—dijo desde la puerta de la sala que ya conocen nuestros lectores, la voz alterada pero resuelta del jóven D. Alvaro de Silva, amante de D.^a Leonor de Togores.

—¿Qué noticias nos traes?—preguntó Gonzalo tendiendo una mano á su amigo.

—Que si de la que nos espera escapamos con vida, podremos jactarnos de ser más resistentes que una salamandra.

—¡Dios mío!—exclamó D.^a Beatriz próxima á sucumbir á su terror.

—Alvaro,—dijo Gonzalo dirigiéndose á su amigo;—la dama que aquí ves es la hija del noble D. Diego de Saavedra, á quien el factor Salazar ha puesto preso.

—Señora,—repuso D. Alvaro inclinándose cortésmente;—no tenía el honor de conoceros sino de nombre, y si mis anteriores palabras os han hecho concebir algún temor por vuestro padre, siento haberlas imprudentemente pronunciado, pero sabed que no se referían á él precisamente. Su suerte, aunque se halle en manos de esos indignos gobernadores, no es, credlo, peor que la nuestra. Confíad, pues, en Dios y esperadlo todo de los esfuerzos que vamos á hacer para salvarle y salvarnos. Vuestro padre no está solo en su desgracia, todos los hombres honrados nos interesamos por él.

—Gracias, D. Alvaro,—contestó la joven;—gracias con toda el alma; pero ¿qué es lo que teméis?

—Que si no nos ponemos todos en salvo sin perder un momento, se trate de reducirnos á la misma prisión que ocupa D. Diego.

—¡Ojalá fuese así!—observó D.^a Beatriz;—¡pobre padre mío! ¿que pensará que ha sido de su hija?

—Justo es,—repuso D. Alvaro,—que desééis no estar separada de vuestro padre, en su desgracia con mayor razón que en su felicidad; pero pensad, señora, que libre podéis hacer por él mucho más.

—¡Ay de mí! ¿qué puedo yo hacer en ningún caso?

—Defender, señora, vuestra virtud y su honor que peligrarían si cayeseis en manos de Salazar.

—Sólo por ello consentí en ser conducida á esta casa por D. Martín Tezomoti, desentendiéndome de las molestias que con ello he de causar á la familia de D. Gonzalo.

—Ninguna, amiga mía,—contestó María, con el acento de la más perfecta sinceridad.

—Pero en fin,—dijo Gonzalo,—¿podremos saber qué temes y por qué lo temes?

—Acabo de saber que está dispuesto que cuando cierre la noche, para no causar escándalo, todos nosotros seamos reducidos á prisión.

—¿Con qué pretexto?

—Con el de que unidos como estáis á D. Martín Tezomoti por antigua amistad, se os supone á vosotros y á vuestros amigos comprometidos en la falsa conspiración tramada por el príncipe.

—Pero eso es una iniquidad,—notó D.^a Beatriz;—Don Martín no ha pensado jamás en semejante plan.

—Mejor que vos, señora lo saben los gobernadores, pero les importa suponer que semejante embuste es una realidad y ante nada retrocederán para salir adelante con su propósito.

—Pero en ese caso ¿qué hay que hacer?—preguntó Gonzalo.

—¡Lo que hay que hacer cuando le persiguen á uno y desea evitar la persecución! huir, Gonzalo, huir inmediatamente.

—¿Pero adónde?

—Eso es lo que voy á deciros: escuchadme: es una curiosa aventura la que va á depararnos el más seguro escondite que podéis imaginaros.

Hace algunos días que entrando yo á la casa de Sala-

zar, que aun no se ha declarado abiertamente contra mí, pues le consta mi parentesco muy próximo con el comendador Cobos, al cual debe todo cuanto es y aun el hallarse en México haciendo lo que hace, que es el comendador grande personaje en la corte; entrando repito, en casa de Salazar, sorprendí las últimas palabras de una conversación que el factor sostenía con un indio, á las claras taimado y de mala intención. Instintivamente ó por inspiración de la divina Providencia no empujé la puerta que entreabierta estaba y púsemé á escuchar.

Aquel indio felón indicaba á Salazar el modo de perder á Rodrigo de Paz y deshacerse de él.

Allí salieron á relucir entre otros nombres los de Tezomotli y D. Diego de Saavedra.

—¡De mi padre!—exclamó D.^a Beatriz interrumpiendo á D. Alvaro.

—Sí señora, de vuestro padre y de Tezomotli.

—¿Pero qué decían de ellos?

—Lo bastante para convencerme de que cuanto hoy se dice y corre por la capital es completamente falso.

Pero permitidme que sin más detalles sobre este punto prosiga mi relación.

Despierta mi curiosidad con lo poco que había oído, me propuse averiguar quién fuese aquel indio y cuál el motivo de su odio para D. Martín Tezomotli.

Por supuesto que no se me ocurrió ni por un instante preguntárselo á Salazar.

Me habría engañado.

Necesitaba hacer la averiguación por mí mismo y sin ajeno auxilio.

Cuando juzgué que la plática iba á terminar, salí con

cautela de la casa de Salazar y esperé en la calle á mi hombre.

No tardó en salir.

Era un indio anciano, pero fuerte y vigoroso todavía como un roble.

No quise obedecer á mi primer impulso que fué el de lanzarme sobre él y apretarle el pescuezo hasta que hubiese hablado lo que yo desease.

Poco ó nada habría conseguido.

Esta gente es tenaz y soberbia como pocas.

Procuré que no me viese y le seguí.

La noche empezaba á caer en pabellones de sombras sobre el velo azul oscuro del firmamento.

El indio salió de la ciudad y entró al despoblado.

Tuve que interponer entre él y yo mayor distancia á fin de no hacerme notar de él.

Después de mucho andar le ví trepar á los cerros que llaman de Tepeaquilla.

Cuando entre sus asperezas estuvo, su habilidad para trepar por aquellas escabrosidades sólo tuvo una cosa á ellas superior, y fué mi torpeza para seguirle.

Al fin sucedió lo que no era difícil sucediese.

A la vuelta de un grupo de peñascos y maleza el indio se me perdió de vista.

Busqué y rebusqué por todos lados y... nada, no pude hallarle.

Sentéme sobre un pedrusco á reparar mis fuerzas y á maldecir de mi torpeza cuando á mis oídos llegó un extraño silbido.

Desde luego comprendí que aquel silbido era una señal y me preparé á enterarme si posible era lo que quizás no me importaría.

Y hé aquí que á unos veinte pasos del sitio en que yo me encontraba envuelto en las duras sombras de unos peñascos, ví aparcer como saliendo de la tierra á mi perdido indio, que se deslizó cerro abajo como una culebra.

La curiosidad me hizo dirigirme al lugar de donde había visto salir al indio y no sin gran trabajo descubrí algo como la entrada de una gruta.

Resuelto y aventurado por carácter, me dejé ir y con nueva sorpresa ví sobre mi cabeza una especie de tiro de mina y una escalera de cuerda.

Verla y trepar por ella todo fué uno y... ¡vive Cristo! que al llegar al extremo superior del pozo lancé un grito que puedo asegurar que casi fué de miedo.

Tres horribles muñecos ó ídolos levantados sobre unas aras, me contemplaban con sus enormes y ciegos ojos.

Al llegar D. Alvaro á este punto de su narración que Gonzalo y sobre todo su esposa escuchaban con dolorosa ansiedad, fuertes y repetidos aldabonazos resonaron en la puerta del zaguán, y por las ventanas de la sala que estaban casi á oscuras, se vieron brillar á la luz de la luna los hierros de las lanzas de los soldados de Salazar y de Chirinos.

Capítulo V

Gonzalo de Salazar



QUIERA sido inútil toda resistencia.

Así lo resolvieron de común acuerdo D. Luis, D. Alvaro y Gonzalo, cediendo á la fuerza y al número.

En efecto, las lanzas que por las ventanas se descubrían, pasaban de cincuenta.

No debía, pues, tratarse de vender caras las vidas de los tres valientes, si no de proteger la existencia y el honor de D.^a Beatriz y de Maria y la vida de su pequeño hijo.

Salió en consecuencia á abrir la puerta del zaguán el mismo D. Luis de Alva como dueño principal de la casa.

Salazar en persona mandaba el destacamento, trayendo desnuda su espada.

Al notar que D. Luis había salido á recibirle sin la suya, Salazar volvió el acero á la vaina y descubriéndose dijo:

¿Os servís permitidme la entrada?

—Podéis pasar, Gonzalo de Salazar, pero... solo, si lo tenéis á bien.

D. Luis hizo la anterior excepción al notar que otros oficiales de la escolta del gobernador se preparaban á pasar el dintel de la puerta.

Salazar vaciló un instante y dijo al cabo dirigiéndose á su gente:

—Esperadme en la calle.

Cerró D. Luis la puerta y

—Os agradezco,—dijo,—lo que hacéis: en casa de Luis de Alva no necesitáis que nadie os aguarde: pasad á su interior y permitidme que, porguiaros, pase delante de vos.

La entrada de Salazar en la sala causó una gran sorpresa á las personas reunidas en ella y atemorizó con justicia á D.^a Beatriz.

Salazar se apresuró á tranquilizarla diciéndole:

—Puesto que ante vos me atrevo á presentarme, debéis creer, D.^a Beatriz, que hacerlo puedo con la frente alta y la conciencia tranquila.

—Y puesto que yo no me he retirado al veros entrar,—contestó con entereza la joven,—debéis creer que, aunque enemigo, os juzgo caballero.

—A demostraros voy que me hacéis justicia; pero si en efecto pensáis como lo decís ¿tendríais inconveniente en permitirme hablaros sin testigos?

—Sí la puerta que comunica esta sala con la habitación próxima puede permanecer abierta, os concedo lo que solicitáis.

—Sí lo puede.

—Entonces, si la familia Alva lo permite...

—Estáis en vuestra casa, D.^a Beatriz,—dijo D. Luis,—disponed de ella.

El factor y la joven pasaron á la habitación indicada por D.^a Beatriz.

La sorpresa de los moradores de la casa de D. Luis era extraordinaria.

¿Qué clase de hombre era aquel que con tan grande aparato de fuerza se presentaba en una casa á solicitar cortésmente permiso de entrar en ella, y una conferencia con D.^a Beatriz?

Conociendo á Salazar no era posible que ninguno de los circunstantes tomase á lo serio su amistoso disfraz.

Algo tramaba el factor, que no por ignorado, debía dejar de ser temido.

Pero aunque todos lo pensasen así, ninguno comunicó sus temores á los demás.

También D.^a Beatriz presintió la proximidad de un peligro, pero fuerte y resuelta como todas las mujeres de aquellos días, le afrontó francamente y en su misma violencia nerviosa halló sus armas y pertrechos.

En cuanto Salazar se vió sin testigos, manteniéndose en pié á alguna distancia de la joven, que había tomado asiento, dijo:

—Cuando un hombre que goza de la fama de opresor y atrabiliario de que yo gozo, ante vos se presenta todo lo humilde y respetuoso que puede y debe, indica, señora, que es el más débil contrario imaginable. Tratadme, pues, con piedad, y una vez más permitidme hablaros como el mejor de vuestros amigos.

La joven contestó á este exordio y reposadamente lo que sigue:

—Una vez más, Salazar, vuestras palabras se hallan en absoluta oposición con vuestras acciones. Sois el opresor y pretendéis que se os crea víctima. Pedís pie-

dad á la hija que, si así queréis creerlo, os ha ofendido, y no la tenéis del padre que ha hecho por vos más de lo que en buena ley tendríais derecho á exigirle.

—Sois injusta conmigo.

—¿Yo injusta?

—Muy injusta, sí, D.^a Beatriz. No encontráis malo recurrir á toda especie de elementos para huir de mí, y no disculpáis que yo haga otro tanto para aproximarme á vos.

—No pretendáis equiparar nuestras respectivas posiciones.

—¿Por qué no? A vos el desamor os aconseja, á mí el amor me inspira: ambos nos hallamos en los últimos extremos, y nada como un extremo está más próximo al otro extremo.

—Pero Salazar, ved lo que decís: si del extremo del desamor puedo yo llegar al del amor, vos podéis del extremo del amor llegar al del odio.

—Quizás no habéis dicho más que la verdad,—observó Salazar, en cuyos ojos brilló claro y vívido el despecho.

—¿Y para decirme tal galantería habéis solicitado de mí esta entrevista? ¿Así es como queréis vencer mi frialdad?

—¡Perdonadme, D.^a Beatriz, perdonadme!—exclamó Salazar visiblemente conmovido:—no puedo negarlo: el imperio que sobre mí ejercéis lo mismo puede convertirme en el mejor de vuestros amigos, que en el más jurado enemigo.

—¿Y para que yo pueda evitarlo no halláis más medio que el de que yo me someta á vuestro capricho? ¿no es verdad?

—No, no lo es, y permitidme que así me exprese. Amor que, como el mío, sobrevive á las mortales heridas que vos le habéis causado, no es ni puede ser un capricho, es verdadero amor.

—No lo es si voluntariamente pasa por encima de la dignidad del que le abriga.

—D.^a Beatriz, yo os lo ruego, no traigáis á colación aquello mismo que yo procuro olvidar.

—¿Por qué no? ¿acaso habéis oído jamás de mis labios otra cosa que la pura y limpia verdad? Pero así, Salazar, sois los hombres. Nos matáis el día que os engañamos y nos aborrecéis cuando os decimos la verdad: proclamáis nuestro imperio y nos queréis esclavas incondicionales: y en tanto sois nuestros siervos que aceptamos vuestra tiranía.

—¿Y acaso debe ser tildado de falto de dignidad el hombre que ama tan en contra de si mismo que ni aun la frialdad del desdén de la mujer amada puede amortiguar el fuego de una pasión casi sin esperanza? ¿No comprendéis que el hombre que tal hace debe de ser muy desgraciado? Y si lo comprendéis ¿por qué vosotras las mujeres que os conmovéis y lloráis como los niños no tenéis piedad de quien tal y tanto padece? ¿O es que tan sólo para las desgracias que vosotros causáis es vuestro corazón incapaz de conmoverse?

—El amor, Gonzalo de Salazar, es un mutuo convenio: si una de ambas partes no le siente, el amor es imposible.

—Será imposible la felicidad mas nunca el amor,—contestó Salazar con creciente entusiasmo:—el amor será en ese caso una cadena disgregada, pero cuyos eslabones no por eso dejarán de ser y existir.

—¿Quién sería capaz de unirlos?

—La voluntad de cualquiera de ellos.

—¿La vuestra?—preguntó D.^a Beatriz con cierto com-
pasivo desdén.

—¿Por qué no?

—¿Y cómo podríais imponérmela? ¿A la fuerza?

—¡Nunca! al menos á la fuerza á que creo os re-
ferís.

—¿Cuál otra podríais emplear?

—La que hasta hoy he empleado, la de mi constancia
en idolatraros, porque sabedlo, D.^a Beatriz, cualesquiera
que sean las amenazas que en cualquiera ocasión os
haya hecho: cualesquiera que hayan sido las malas ar-
tes de que para imponeros me haya valido, nunca, ¿lo
oís? nunca he dejado de amaros con todo mi corazón.
Esas amenazas, esas malas artes se han inspirado alguna
vez en eso que llamáis dignidad de amante desdeñado;
pero á ello se ha sobrepuesto siempre la violencia y sin-
ceridad de mi pasión. Así es como he buscado siempre
armas contra vos y siempre también después de encon-
trarlas las he puesto á vuestros piés.

—¿Y de ese género de armas es la prisión de mi pa-
dre?

—Lo es,—contestó Salazar después de un momento
de vacilación.

—¿Es decir, que saltador de nuevo género, venís á
decirme: «el corazón ó la vida de tu padre?»

—¡Piedad, D.^a Beatriz!

—¡Nunca la esperéis de mí, Gonzalo de Salazar! Ar-
mas sobradas tenéis en la tiránica imposición que ejer-
céis sobre estos reinos para perderme y destruirme cómo
y cuando lo queráis: usad de ellas, pues; pero sólo

contra mí: vengaos de la amante, mas respetad al
amigo.

—No creía encontraros tan enemiga, y me pesa,—ob-
servó Salazar;—pero pues así lo queréis...

D.^a Beatriz se levantó de su asiento, y con digna y
enérgica actitud exclamó:

—Supongo que al venir á esta casa en que me asilo,
con el grande aparato militar que asombrados contem-
plan los vecinos, no habrá sido para guardaros las es-
paldas, sino para conducirme, en caso de resistencia, á
la prisión: pronta estoy á seguiros, pero si gustáis
hacerme un último favor, que os indico mas no os
pido; dadme por calabozo el mismo que ocupa mi
padre.

—Os habéis equivocado, D.^a Beatriz,—repuso con
terrible calma el gobernador,—no he venido á pren-
deros.

—No alcanzo entonces...

—Si yo diese tan cobarde paso, podríais creer que el
gobernador se tenía en más que el amante, y vuestro
desdén hácia mí tendría plausible fundamento. No he
venido aquí á buscaros.

—Salazar...

—No lo toméis á ofensa, porque os juro que no lo es.
Sabía, sí, que aquí estabais y bendije y aproveché la ca-
sualidad que tan propicia me dispensaba la felicidad de
veros y hablaros; pero para sólo esto, habria venido
también solo.

—¿Qué es, pues, lo que aquí buscáis?

—A un rebelde.

—¡Un rebelde decís! ¿Quién es él?

—D. Martín Tezomotli, jefe de la conjuración inten-

tada para independer á estos reinos de la metrópoli española.

D.^a Beatriz palideció mortalmente y quiso contestar, pero las palabras faltaron en sus labios, agitados por nerviosas contracciones.

Capítulo VI

Las víctimas de Salazar

No pasó desapercibido para Salazar la impresion causada en D.^a Beatriz por sus últimas palabras.

El golpe la habia desconcertado.

Pero en una naturaleza como la suya dificilmente profundizaban las heridas.

Pronto se repuso y, eco de la tormenta producida en su corazón, sus labios vertieron las siguientes palabras:

—¡Lo esperaba!

—No obstante...

—Me he turbado: ¿no es eso lo que ibais á decir?— observó la joven interrumpiéndole.

—No debó negarlo.

—Sería inútil: conozco vuestras armas, sé lo que os proponéis.

—¿Qué creéis que me propongo?

—Lo diré aun cuando sepa que voy á regalar vuestros oídos: os han dicho que yo amo á D. Martín Tezomotli y queréis vengaros de él.

—Me lo han dicho en efecto, pero sólo oyéndolo de vos lo creeré.

—¿Y por qué sólo en ese caso?

—Porque no podría explicármelo si vos no me lo explicaseis.

—¿Tendría algo de extraño mi pasión?

—Sí, lo tendría. Vos no debéis amar sino á quien sea vuestro igual.

—¿Acaso D. Martín no lo es?

—No, no lo es.

—¿Y en qué estriba la diferencia? ¿En que él es príncipe de una casa real?

—Ni por un momento me ha ocurrido semejante dilate. Aquí, D.^a Beatriz, bien lo sabéis, no hay más casa real ni más príncipes que S. M. D. Carlos y su real familia. Lo que fué antes de la conquista de D. Hernando ya no lo es, y aunque no lo fuese no sería con príncipes de esa especie con los que una doncella de vuestra alcurnia podría emparentar.

—¿Es acaso la de la cuna la única nobleza? ¿Acaso no hay otra igual á ella en la nobleza del alma?

—D.^a Beatriz,—observó Salazar visiblemente conmovido,—¿querréis convencerme de que no mienten los diéces que corren? Pero no, no lo hagáis si vais á hacerlo: por compasión os lo pido.

—Desde el momento en que cegado por un amor que yo no he tratado de alimentar, venis á pretender herirme en lo queos han dicho que amo, yo debo salir en su defensa.

—¡Oh! creedme, no lo intentéis, porque empeoraríais su situación.

—¿Qué,—preguntó sin poder contenerse,—acaso don Martín Tezomotli ha caído en vuestras manos?

—¡No tardará mucho!

—¡Ah! ¡entonces aun no lo está!

—¡Vive Dios!—exclamó Salazar enrojando de ira y oprimiendo con crispada mano la empuñadura de su espada.

—¿Qué os pasa?—preguntó sobresaltada D.^a Beatriz.

—Por Cristo que no lo sé, pero algo es que nunca hasta hoy he sentido.

—¿Celos?—dijo D.^a Beatriz sonriendo, y con su sonrisa irritando más y más á Salazar.

—Si celos son temores de perderos para siempre, si lo son lo que yo siento; si celos son envidias del bien de otro, no lo son la ira y el enojo que me poseen, porque no quiero envidiar á quien no merece mis envidias.

—Grande es vuestro orgullo, Salazar.

—No tanto, sin embargo, como la prueba á que queréis someterle.

—No lo he intentado.

—¿En qué confiáis entonces para hacer lo que hacéis?

—Ya os lo he dicho y lo repito ahora, en que antes que gobernador y antes que amante sois caballero.

—Caballero, sí, pero caballero que no sufre ofensas de los que no lo son.

—Supongo que ese reproche no llega á mí.

—¿Reprocharos yo á vos?—exclamó Salazar con voz extraordinariamente apasionada:—no D.^a Beatriz, os amo, os amo con cuanta idolatría es capaz en un hombre. Os amo hasta el delirio, capaz de engendrar la locura. Os amo, en fin, aun cuando no me améis, pero por Dios y todos sus santos, no consentiré que hombre alguno sobre la tierra crea poder amaros con más esperanzas que yo de verse correspondido.

—Semejante pretensión, pone, Salazar, el colmo á mi paciencia. Obrad como os acomode, pero una vez más y ante el peligro que presiento os declaro que no os amo ni puedo amaros! No tenéis derecho alguno á exigir más de mí!

—Sea, D.^a Beatriz como lo queréis: pero tampoco yo me detendré en mi camino, por vos erizado de sangrientas espinas. Quise brindaros con la paz, pero aun la paz por ser mía rechazáis. Quise que pudierais ser la providencia de los que os quieren y á ello también os negáis. En lo que haya de suceder, crimen ó venganza, tanta culpa tendrá vuestra obstinación como mi amor. ¿Sabéis, D.^a Beatriz, si en esta casa se oculta el reo D. Martín Tezomotli?

—No lo sé: no es esta mi casa y me falta todo derecho que con su propiedad se relacione.

—Os agradezco la respuesta: es, como todas las vuestras, eco de la verdad. Pero en esta casa están sus dueños y ellos me responderán.

—¿Qué vais á hacer?

—Repetir ante ellos la pregunta que me permití haceros á vos.

—Pero si la respuesta no fuese la delación que buscáis ¿qué haréis?

—Lo que estoy obligado á hacer con quien al ocultar á un rebelde se declara su cómplice.

—¡Salazar!—exclamó la joven enérgica y suplicante á la vez,—lo que vais á hacer es horrible é injustificable. Esta familia está formada por buenos y leales vasallos de S. M. Con D. Martín Tezomotli sólo tienen que ver el haber accedido á su súplica, prestándome su amparo.

—D.^a Beatriz, yo sólo sé que mis espías han visto en

trar en esta casa distintas veces á D. Martín Tezomotli, y después de la última, que ha sido la de hoy, nadie le ha visto salir. Así, pues, ó me entregan Alva y los suyos á D. Martín, ó Alva y los suyos serán conducidos á la cárcel general.

Salazar, que desde la última observación que la joven le había hecho, se había ido dirigiendo á la puerta de la sala, pronunció su amenaza en voz bastante alta para ser oído por la familia de D. Luis y por éste, que, como movido por un resorte, se puso en pié y fué á encararse con el gobernador, diciéndole:

—Si tal queréis hacer, tomaos, Salazar la pena de salir de esta casa tan galante y cortésmente como yo en ella os recibí: si después queréis prenderme, para lo cual yo no os facilitaré la entrada, echad la puerta abajo, pues sólo así volveréis á entrar.

—Pues ved cómo ha de ser eso, porque yo no he de salir.

—Tal me parece á mí,—observó amenazador D. Luis; —al menos vivo.

—Noble hazaña envuelve vuestra amenaza: en vuestra casa me atacáis y tres contra uno; pero aun así acepto el reto: ¡en guardia, traidores al rey!—y al decir tal Salazar sacó á relucir su espada.

El joven Gonzalo de Alva detuvo con movimiento rápido el brazo de su padre que iba á tomar su espada, y arrojando la suya lejos de sí y conteniendo á D. Alvaro, exclamó:

—¡Quietos todos, vive Dios; ¡Salazar dice bien; en nuestra casa y contra tres, no hemos de obligarle á combatir.

Pero, pues, la casa él la ha elegido viniendo á ella á retornos, confianza tiene sin duda en la caballerosidad

de sus moradores y en ella lucharemos, pues de ella no hay modo de salir, guardada como está la calle.

La segunda dificultad puede resolverse con no menos facilidad. D. Alvaro de Silva aquí presente luchará por Salazar en contra nuestra.

—¿Yo contra vos? ¡Nunca!—exclamó el noble D. Alvaro sorprendido no menos que los demás circunstantes con la proposición de Gonzalo de Alva.

—¿Nunca? ¿eso dices? prefieres que Salazar nos acuse de felonía? ¿es esa tu amistad? D. Alvaro tu espada y vos, padre, la vuestra.

—Entregadas que le fueron, Gonzalo de Alba apoyó su pié sobre las hojas de una y otra y rompiendo ambas y desvainando la suya gritó con energía.

En guardia, Salazar, somos uno contra uno.

Pero Salazar que con indiferencia había seguido las peripecias de aquella escena, al ver ir sobre él á Gonzalo de Alva, retrocedió hasta la puerta de salida y cerrándola después de haberla salvado, hizo sonar con fuerza un silbato de plata que pendiente de una cadena llevaba colgado al cuello.

Inmediatamente se oyeron fuertes golpes dados en la puerta del zaguán con las conteras de hierro de las lanzas de los soldados, que un momento después entraron en la casa, entre las astillas del portón, y antes que don Luis, su hijo y D. Alvaro hubiesen podido darse cuenta de lo que pasaba.

Lo que se siguió difícil es de ser descrito.

Padre, hijo y amigo cayeron en poder de los soldados de Salazar, quien dió orden de amarrarlos con fuertes cuerdas, amordazarles y sacarlos de la casa, como así se ejecutó.

D.^a Beatriz tuvo que apresurarse á sostener en sus brazos á María, desmayada de terror, en tanto que su pequeño hijo, asustado con los gritos y el bullicio, se despertaba llorando con infantil amargura.

En pocos momentos la soldadesca hizo añicos cuanto mueble encontró que por su tamaño pudiera haber ocultado á un hombre, sembrando y destruyendo el contenido de los susodichos muebles.

Buscaban á D. Martín Tezomotli.

Pero D. Martín no estaba allí.

—¡Le habréis dejado escapar!—exclamó Salazar dirigiéndose á sus gentes.

—Pero no tardaremos en apoderarnos de él,—dijo con feroz acento un indio que en aquellos instantes se presentó á Salazar.

Este le preguntó al verle:

—¿Has buscado bien, José?

—Sí: no está aquí: pero vendrá.

—Le esperaremos.

—No es necesario que te tomes ese trabajo: yo le desmenuaré. Idos.

Yo permaneceré aquí hasta su vuelta.

—¿Quieres que contigo quede alguno de los míos?

—No; llévalos todos.

—¿Nada necesitas?

—Sí:—respondió José en quien ya habrán reconocido nuestros lectores al feroz Ixtaolzin;—dile á Peralmíndez que me mande sus perros de presa con el indio Tlanoc: voy á cazar á Tezomotli á vuestro modo y usanza.

—Que me place,—contestó Salazar,—te mandaré los perros.

Después ordenó á sus soldados que le siguiesen y dejó

el zaguán en que había mantenido con Ixtaolzín el corto diálogo anterior.

Irritado contra D.^a Beatriz, ó avergonzado de su propia conducta, Salazar no pensó en volver á ver á la joven antes de dejar la casa.

Ixtaolzín quedó dueño del campo de la acción.

Todos los sirvientes de D. Luis de Alva habían sido también llevados presos.

Cuando D.^a Beatriz sintió que todo había quedado en silencio, y Salazar y sus tropas iban ya lejos, su valor hasta entonces mantenido, decayó y aun le pareció que sus fuerzas la abandonaban.

—¡A mí!—gritó.

Ixtaolzín acudió presuroso y se presentó en la sala.

—¿Quién eres tú?—preguntó.

—Criado de D. Luis de Alva y el único que aquí ha quedado,—respondió Ixtaolzín sin vacilar.

—¿Puedo fiarme de tí?

—Durante el sitio de México y después de tomada la ciudad por los españoles tres veces debí la vida á Gonzalo de Alva y dos á su padre D. Luis. La gratitud me tiene más sujeto á ellos que el preso á su cadena. Mandadme, señora, y si es preciso moriré por serviros.

El falso sacerdote supo de tal modo fingir la verdad que D.^a Beatriz cayó en la red.

—Bien está:—dijo—en ese caso puedes hacer á tus amos y salvadores un servicio de altísima importancia.

—Mandad y os obedeceré.

—Necesito que vayas inmediatamente á donde voy á enviarte.

—¿Muy lejos?

—A la mitad del camino de Ixtapalapa.

—¿Es demasiado lejos!

—¿Tienes miedo!

—Ninguno: pero no creo prudente abandonaros en estos momentos: la puerta del zaguán está hecha añicos, no queda ninguno de los criados de D. Luis, y...

—No importa: por el momento nada debemos temer; la noche está muy avanzada y nadie á estas horas transita por las calles. La esposa de D. Gonzalo no vuelve aún de su desmayo; su hijo ha vuelto á dormirse pero no tardará en despertar inquietado por el hambre. Necesito del auxilio del único hombre que puede favorecerme en este desamparo.

¿Quién es él? señora, y yo le buscaré—repuso Ixtaolzín, sospechando quién pudiera ser el único hombre capaz de no desamparar á D.^a Beatriz.

Esta vaciló un instante, pero traduciendo mal el interés que se retrataba en el semblante del indio, cobró confianza y dijo:

—El mismo á quien viste quizás cuando aquí me condujo esta mañana.

—¿D. Martín Tezomotli?

—El mismo.

—¡Ah! ¿no es verdad entonces que esté preso?

—¿Pues qué? ¿dicen que lo está?—preguntó sobresaltada la joven.

—Eso decían los soldados del infame Salazar.

—¡Dios mío! ¡entonces estamos perdidos!

—Sin embargo, esos hombres pueden haber estado mal informados.

—¡Ah! quizás no: casi siempre suelen resultar ciertas las desgracias.

—Señora, no perdáis el valor. ¡Qué imprudente he

sido en decirlo lo que á esos pícaros soldados escuché!

—;Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué haré?

—No os aflijáis, señora, repito que puede no ser verdad. Si D. Martín estaba oculto en algún seguro paraje...

—Sí: al menos así lo creyó él.

—Entonces no habrán dado con él: difícil, si no imposible, es dar con vuestras guaridas cuando nos escondemos. Sobre todo iré á buscarle donde vos me digáis y nos convenceremos de la verdad.

—Sí, sí, necesitamos saberlo de cierto.

—Dadme las señas.

—A la mitad del camino de Ixtapalapa encontrarás á mano izquierda un pequeño jacal habitado por un indio joven y su mujer.

—Bien está; á mano izquierda, un jacal, un indio joven... no lo olvidaré.

—El indio se llama Beltrán.

—;Beltrán! está bien.

—Llámale por su nombre y dile «la señora me envía:» —te preguntará qué señora, y tú le responderás: «la de tu señor:» «¿qué señor?»—dirá él fingiendo no comprender, y tú le contestarás: «el príncipe Tezomotli.» Después de esto él te indicará dónde está D. Martín.

—Pues qué, ¿no le encontraré en el jacal?

—Yo misma no lo sé.

—Bien está, marchó inmediatamente á cumplir vuestras órdenes.

Al salir de la casa Ixtaolzín permaneció un largo rato en espera, hasta que al extremo de la calle oyó el sonido de unos cascabeles.

Aquellos cascabeles eran los de los collares de los perros de presa de Peralmindez.

El sacerdote corrió á alcanzar á Tlanoc, que los conducía sujetos de fuertes cadenas.

Al acercarse á ellos Ixtaolzín silbó de un modo particular y los perros, que habían comenzado á gruñir sordamente, se tranquilizaron y demostraron que el sacerdote era su amigo y conocido.

Después de hablar algunas palabras en idioma indígena, Tlanoc é Ixtaolzín subieron la calle, pasaron frente la casa de D. Luis y siguieron el camino que iba á Ixtapalapa.